

The background of the cover is a dark, atmospheric photograph of a temple interior. It features wooden beams and a person standing in the shadows, creating a sense of mystery and depth.

Toti Martínez de Lezea

A LA SOMBRA
DEL
TEMPLO

Intriga y conspiración en la ciudad de Vitoria

En los primeros días de enero de 1522 fue elegido Papa de la Iglesia Católica el cardenal Adriano de Utrecht, Adriano VI, gran inquisidor y co-regente de los reinos de España en nombre del emperador Carlos V. La noticia de su nombramiento le llegó hallándose en Vitoria, donde permaneció hasta el mes de marzo de aquel mismo año.

A LA SOMBRA DEL TEMPLO transcurre durante los dos meses en los que la ciudad se vio desbordada por los visitantes: prelados, embajadores, nobles y fieles que deseaban rendir pleitesía al nuevo Pontífice.

Blas, el posadero, y su mujer Francisca, el poderoso Pedro Martínez de Álava, procurador general de la ciudad, el maestro carpintero Nicolás, el comerciante Juan Sánchez de Bilbao, nieto de un médico converso, la rica dueña Otxanda y el proscrito Lope, la joven Isabel y el pintor Hernando Ruiz de Gazeo, acusado de asesinato, desfilan en esta historia que tiene lugar a la sombra protectora de Santa María, el templo más antiguo y querido de Vitoria.

La intriga, la venganza, los rescoldos de la revuelta comu-nera, la situación de los conversos vitorianos, las luchas de interés entre los ricos comerciantes, la vida diaria de una población activa, el amor ingenuo y también el prohibido van entrelazándose a lo largo de la novela con un final sorprendente.

*A mi padre,
In memoriam*

*Con mi mayor y más cálido agradecimiento
a Juan Ignacio Lasagabaster
por incitarme a escribir esta historia,
a Carlos Rodríguez de Diego
por abrirme las puertas de la catedral de Vitoria,
a mi hermano Kike Martínez de Lezea
por la documentación aportada sobre los linajes vito-
rianos,
a Alberto Ruiz Capellán
por traducir textos ilegibles para una profana en paleo-
grafía,
a Ernesto García Fernández
por su magnífico libro Gobernar la ciudad en la Edad
Media:
Oligarquías y elites urbanas en el País Vasco
y
a mi querido amigo José Luis Vallejo
por apoyarme en todo momento y revisar el texto.*

Dramatis Personae

Personajes históricos:

Juan Sánchez de Bilbao, rico comerciante de Vitoria

Diego Fernández de Paternina, abad de Santa María de Vitoria

Pedro Martínez de Álava, procurador general de Vitoria

Diego Martínez de Álava, diputado general de Álava

Martín Sánchez de Maturana, marino mayor de Vitoria

Diego Vélez de Esquibel, alcalde de Vitoria

Adriano de Utrecht, Papa Adriano VI

Pedro Fernández de Velasco, condestable de Castilla y co-regente

Otxanda de Iruña y Martínez de Álava, ricadueña vitoriana

Rodrigo de Varona, señor de la torre de Varona en Valdegobia de Álava

Fadrique Enríquez, almirante de Castilla y co-regente

Salazar de Nograro, miembro de un importante linaje alavés

Personajes ficticios:

Blas, dueño de la casa de postas «El Portalón» de Vitoria

Francisca, posadera, mujer de Blas

Isabel, hija de Francisca y Blas

Hernando de Dios Ruiz de Gazeo, pintor, acusado de asesinato

Julián Martín, novicio franciscano

Maese Nicolás, maestro carpintero

Lope, hermano de Gonzalo de Baraona, comunero ejecutado en Vitoria

Alvar López de Apodaka, confidente del merino mayor de Vitoria

Villasantos, judío converso de Medina de Pomar, Burgos

Osanna, amante de Juan Sánchez de Bilbao

Martín Ruiz de Gazeo, ricohombre alavés

Fray Ramiro, fraile franciscano del convento de Cidamón (La Rioja)

Marcela, bordadora y cocinera, madre de Osanna.

Vitoria, febrero de 1522.

El portalón

Había nevado sin parar durante toda la víspera y la helada de la noche había transformado la nieve en una masa compacta y resbaladiza difícil de eliminar. El mozo se afanaba con su mejor ánimo: clavaba el filo de la pala y lograba, tras mucho esfuerzo, arrancar grandes pedazos de hielo que lanzaba a varios pies de distancia, lo suficientemente lejos para dejar despejado el gran portón de entrada al establo. Blas se asomó a la puerta, cruzó los brazos sobre el pecho y se frotó los hombros con las manos en un gesto inútil para calentarse un poco, miró al cielo completamente encapotado y después al joven; movió la cabeza de derecha a izquierda media docena de veces y volvió a entrar en el local al tiempo que emitía un profundo suspiro.

En contra de la opinión de su mujer había vendido las huertas que poseía en la zona de Armentia, herencia de sus padres, cuyo alquiler les proporcionaba una pequeña renta fija. Gastó en adquirir la Casa de Postas todo el dinero de la venta, el que había ahorrado moneda a moneda durante los últimos veinte años y el del prestamista Juan Pérez. La acondicionó dejándose guiar por la intuición e hizo disponer cuatro habitaciones para huéspedes, además de una parte bajo el tejado con catres para mercaderes, regatones y muleros. Había una docena de tabernas y posadas en Vitoria, pero confiaba en hacer el negocio de su vida y encontrar la ansiada seguridad que el pequeño dispensador

de licores de la calle de la Pellejería no podía ofrecerles. Francisca había puesto el grito en el cielo y lo había acusado de querer condenarlas a Isabel, su hija, y a ella a la miseria, pero él se mantuvo firme. Tenía la corazonada de que el asunto funcionaría a las mil maravillas y no aceptó más recriminaciones. Al acabar las obras, colocó un letrero colgante en el que mandó pintar el nombre del local: «Portación», y esperó a que la pequeña arqueta de hierro adquirida a un comerciante de la calle de la Herrería se llenara de tintineantes piezas de plata. Meses después se había arrepentido de creer en un sueño.

Primero habían sido los tumultos ocasionados con motivo de la revuelta comunera que en Vitoria habían tenido corta duración, pero muy intensa. Durante varias semanas ningún viajero se aventuró por la tierra de Álava, levantada en asonada por don Pedro López de Ayala, conde de Salvatierra. La ciudad no acabó en un baño de sangre porque el abad de Santa María y otros notables acudieron al conde rogándole que no entrase con sus hombres en ella. Los pocos clientes que frecuentaron la posada en aquellos días fueron precisamente los hombres de Ayala, acampados en las inmediaciones. Creían en la victoria, recordó Blas, y prometieron abonar la deuda por la bebida y la comida cuando su señor les pagase los servicios. Poco después, el conde se hallaba huido en Portugal, la cabeza de su segundo, Gonzalo de Baraona, clavada en un garfio hasta quedar monda y seca, y él podía ir olvidándose de cobrar un solo maravedí.

Después la ciudad se había visto invadida por los hombres de los regentes del reino, el cardenal Adriano, el almirante Enríquez y el condestable Velasco. Los importantes personajes se habían instalado en ella para dirigir las operaciones contra los franceses tras la victoria sobre el depuesto rey de Navarra, Enrique de Albrit, que había intentado, sin éxito, recuperar su reino. El ejército de Francisco I de Francia, primo del navarro, había cruzado la frontera e invadido

la plaza fuerte de Fuenterrabía. Los ruidos de la guerra no llegaban hasta Vitoria, pero allí donde se hallaban los regentes, se hallaba la corte. Nobles, soldados, escribanos, clérigos, palafreneros, barberos, médicos, músicos, cocineros, además de las familias de los primeros, las damas de compañía, los caballeros de las escoltas y los criados acompañaban a los gobernantes en sus desplazamientos. La ciudad de las seis calles se había visto desbordada y obligada a proveer a las necesidades de los ilustres visitantes y de sus acompañantes. A Blas, al igual que a todos los vecinos, se le había exigido su contribución en «especies», lo cual significaba que debía dar de comer y beber a cambio de unos pagarés que estaba seguro nunca cobraría.

Y ahora, la nieve y la helada. Nadie en la ciudad recordaba un invierno tan crudo. Hacía días que los caminos permanecían cerrados por la gran cantidad de nieve caída en la región e, incluso, se había interrumpido el tráfico de las carretas, repletas de mercancías que, en ambas direcciones, recorrían el trayecto entre la meseta y la costa y estaban obligadas a pasar la aduana de Vitoria. El negocio se hallaba en un estado lamentable. Desde antes de la Natividad, apenas había habido movimiento. El frío y las ventiscas habían ahuyentado a la clientela vecinal, recuperada de la aventura comunera, e, incluso, a los forasteros que aparecían con los temidos pagarés y se hartaban de comida y bebida. Había confiado en que, a pesar del tiempo, el vino que se había hecho traer de la zona de Rioja, los guisos de su mujer, el calor de la enorme chimenea y la buena compañía fueran acicates suficientes para animar el local hasta la hora del cierre, a media noche, justo un poco antes del toque de queda, pero nada podía hacerse contra el clima y el primer mes del año estaba siendo especialmente duro. En toda la semana únicamente habían tenido tres clientes; dos habían pernoctado una noche y proseguido viaje justo antes de la última nevada, y el tercero permanecía encerrado en su habitación y se hacía servir las comidas allí mismo.

Sólo habían intercambiado un par de frases a su llegada y el hombre no había retirado la bufanda que embozaba su rostro hasta los ojos. Había algo extraño en él, pero pagó por adelantado y este hecho singular fue suficiente garantía de la solvencia del individuo.

Suspiró de nuevo. Empezaría a tener problemas si el tiempo no cambiaba en los próximos días. El prestamista Juan Pérez era un hombre exigente, poco dado a la generosidad. Mucho se había hablado y todavía se hablaba de los prestamistas judíos, expulsados del reino treinta años antes. Algunos incautos creyeron entonces que sus deudas quedaban liquidadas, pero no fue así y los agentes del Tesoro se encargaron de cobrarlas en beneficio de las arcas reales. El lugar de los judíos estaba ahora ocupado por cristianos tan exigentes o más que aquellos. Algunos de los richachones de Vitoria, comerciantes en su mayoría, también se dedicaban al préstamo encubierto y nadie osaba tratarlos de usureros. Y estaban los acreedores que no tardarían en aparecer exigiendo el pago de las mercancías suministradas, en especial el carnicero a quien debía ya una buena cantidad de dinero. Entró en la cocina, hizo un gesto de impotencia dirigido a su mujer y a su hija, descolgó del ollar el gran caldero en el que había puesto agua a calentar y salió de nuevo con él para verterlo delante de la puerta y eliminar así los restos de hielo.

Al principio fue una figura que aparecía y desaparecía en medio de la ventisca, aunque, poco a poco, fue haciéndose más nítida. El jinete iba algo encorvado, intentando defenderse del temporal que azotaba por rachas, y el caballo hundía sus patas en la nieve y avanzaba con lentitud. Ambos eran una mota en medio del paisaje blanco. Blas permaneció con el caldero en las manos observándolos. ¿Quién diablos podría estar tan loco como para aventurarse por los caminos con semejante tiempo? Un rato des-

pués, los tenía delante. El caballo agitó su hermosa crin cobriza cubierta de nieve al tiempo que el jinete descabalgaba y se sacudía las ropas, negras de pies a cabeza incluido el tocado cuyo embozo envolvía su cuello y cara hasta la boca. A Blas le recordó al único musulmán que había visto en su vida, cuando era un mozalbete, hacía ahora unos cuarenta años, en el cortejo de la difunta reina durante su visita a la ciudad.

El hombre dirigió una mirada hacia el Portal de Arriaga y, después, hacia la casa torre de los Hurtado de Anda, un torreón austero apoyado en la muralla que, más que la residencia de una de las familias más importantes, parecía haber sido puesta en aquel lugar a modo de vigía defensiva. A continuación penetró en el local sin decir palabra, seguido por el asombrado Blas y la mirada del mozo que se había detenido, igualmente sorprendido ante la inesperada aparición. A una seña de su patrón, Matías dejó caer la pala y se apresuró a asir el ronzal del caballo y a conducirlo a la cuadra situada en el bajo de la casa.

—Deseo una habitación con chimenea, comida y bebida —indicó el caballero.

Se había quitado el embozo y el posadero tuvo que hacer un esfuerzo para no abrir la boca y poner cara de patán. Una abundante mata de cabello castaño se desparramaba por encima de sus hombros y enmarcaba un rostro de rasgos perfectos: la nariz recta, los labios finos, los ojos grises o verdes o amarillos —era imposible asegurar su color exacto— bajo unas cejas oscuras que contrastaban con el cabello y con su tez, blanca como la de una doncella preservada del sol y del aire. Nunca había visto a alguien tan atractivo, tanto que por un instante llegó a pensar que era una mujer disfrazada de hombre, pero no, recapituló. El tono de voz era demasiado grave para ser femenino. Además, en un examen más atento descubrió el vello rubio, casi blanco, de la barba y del bigote que le había pasado desapercibido en un primer instante debido a la sorpresa.

—¿Y bien?

El tono impaciente del recién llegado lo sacó de su estupor.

—Dispongo de una excelente estancia, bien caldeada y orientada al sur, señor...

—Conde de Nograro.

El corazón de Blas comenzó a latir con fuerza y se pasó la lengua por los labios súbitamente secos. Lo único que se le ocurrió hacer antes de recuperar la palabra fue una reverencia de medio cuerpo que casi da en el suelo con su oronda figura.

—Si su excelencia desea acompañarme...

Lo condujo a una habitación en el segundo piso reservada para los huéspedes ilustres que todavía no había sido estrenada, un espacio amplio de losas enceradas, alfombras y mobiliario nuevo. El posadero no había querido ni oír hablar de muebles usados. Los otros tres cuartos fueron amueblados sin lujos, pero aquella habitación tenía que ser algo muy especial, afirmó, un lugar digno de alojar a un potentado, a un obispo, a un mensajero real. Mandó fabricar una cama de grandes proporciones y compró una mesa morisca y cuatro sillas a un comerciante de Toledo. Francisca se había encargado de coser la sobrecama y los cortinones a juego con terciopelo granate de a ochocientos maravedíes la vara, que él en persona había elegido en el mejor comercio de Vitoria, el de los Sánchez de Bilbao. La adquisición de un tejido tan costoso había avivado la discusión entre él y su mujer.

—¿Acaso piensas que un personaje va a alojarse en la casa de postas cuando hay tantos palacios en la ciudad?

—Nunca se sabe...

—¡Claro que se sabe! Los notables se conocen entre ellos y nunca permitirían que un visitante ilustre se alojara en una posada. El séquito de los regentes es muy numeroso, pero ni los señores ni sus criados han aparecido por aquí.

—Nunca se sabe... —insistió él en sus trece.

Se apresuró a encender la leña que esperaba en el hueco de la chimenea y, poco después, las llamas del fuego iluminaban el lugar y la habitación se llenaba con el inconfundible olor a roble quemado. El mozo llegó en ese momento portando la bolsa del viajero y la depositó encima de la cama desapareciendo a continuación. El caballero se había despojado de la capa y mantenía las manos extendidas hacia el fuego, con la mirada ausente. Blas lo contempló a su gusto. Ciertamente era un hombre fuera de lo común: apuesto como pocos y rico, según podía apreciarse por la calidad de su vestimenta —chaquetilla de terciopelo, calzas acuchilladas a rayas negras y plateadas y botas de badana hasta medio muslo—, la enorme esmeralda que adornaba su dedo índice y la espada de empuñadura y vaina de plata que colgaba de su cinturón. Jamás se había encontrado tan cerca de una persona de importancia y se deleitó con la visión durante unos momentos.

—¿Y bien?

El caballero se giró para mirarlo. No había amabilidad en sus ojos y de pronto se sintió como un ratón observado por un gato a punto de saltar sobre él.

—Habéis dicho que deseabais comida y bebida... —musitó—. ¿Algo en particular?

—Guisado y cerveza.

—¿Cerveza?

Su voz denotaba una contrariedad tan grande que el viajero alzó las cejas y una mueca de ironía alteró su rostro.

—Vino también servirá —añadió—, pero apúrate, que tengo hambre.

Blas se inclinó de nuevo y se dispuso a abandonar la habitación.

—¡Espera! —Se detuvo al oír la orden—. ¿Hay algún otro huésped en la posada?

—Un caballero llegó hace unos días...

—¿Su nombre?

—Lo desconozco, excelencia. De hecho apenas lo hemos visto. No sale nunca de la habitación y se hace servir las comidas en ella, por lo que...

El caballero se giró de nuevo hacia el fuego, ignorándolo, y esta vez el posadero no esperó una nueva pregunta, salió a toda prisa y bajó los escalones precipitadamente. La suerte llamaba por fin a su puerta. ¡Nada menos que un conde se alojaba en su casa! Era preciso que todo saliera a la perfección, esmerarse al máximo y que no hubiera una sola queja por parte del importante huésped. Entró en la cocina sofocado por la carrerilla y la excitación y encontró a su mujer y a su hija cuchicheando con el mozo de servicio.

—¿Qué hacéis ahí parados? —les gritó—. ¿Acaso es posible mantener un negocio con un holgazán y unas mujeres chismosas? ¡Todo el mundo al trabajo!

Matías no se lo hizo repetir y al pronto abandonó la cocina, Isabel se apresuró junto a la olla y Francisca se plantó en jarras.

—¿A qué viene tanto grito?

—¡Tenemos huéspedes que atender!

—¡Ni que fueran príncipes!

—Uno no sé, pero el otro está muy cerca.

—¿De qué?

—Del rey. Es un conde.

Blas sonrió satisfecho al observar que, por una vez, su mujer no sabía qué decir.

—¿Qué conde? —preguntó ésta al cabo de unos instantes.

—El de Nograro, o algo por el estilo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él mismo me lo ha dicho y, además, va vestido de negro, como los nobles del cardenal.

—¿Y qué hace un conde aquí?

—¡Y yo qué diablos sé! Quiere comer guisado. ¿Hay guisado?

—Siempre hay guisado.

—Pues daos prisa. Tiene hambre y no me parece que sea un hombre acostumbrado a esperar. Preparad una bandeja con una sopera, que yo voy por el vino. ¡Venga!

—Conde o cardenal tendrá que esperar a que la carne esté bien hecha...

Blas no escuchó las últimas palabras de su mujer y bajó a la bodega situada junto a la caballeriza con un hachón en una mano y una jarra en la otra. Debía encontrar un buen vino, uno que no fuera áspero al paladar, suave, afrutado. La presencia de los regentes y de sus séquitos en Vitoria, en especial la del cardenal, había introducido algunos cambios en las costumbres alimenticias. Lo sabía porque su compadre Miguel de Ozaeta, tabernero de profesión y curioso de vocación, lo había puesto al corriente. A los flamencos no les gustaba la cerveza elaborada en el país, aseguraban que no tenía cuerpo, y tampoco apreciaban el vino tinto, preferían el albillo. ¿Dónde diablos había colocado el barril que se había hecho traer ex profeso de Ávila? Lo halló medio escondido detrás de una barrica repleta de buen vino riojano y soltó un juramento. Sujetó el hachón como pudo sobre el nudo entre dos vigas y dejó la jarra en el suelo, asió el barril y lo extrajo de su escondite. El esfuerzo le provocó un tirón en la espalda y estuvo a punto de dejarlo caer al suelo.

—¡La Virgen!

Apretó los labios y miró a su alrededor con el miedo reflejado en la cara. La blasfemia estaba castigada con pena de azotes y no era cuestión de arriesgarse por un simple tirón de espalda ahora que tenían en la ciudad al cardenal, también Inquisidor General del reino. Se apresuró a llenar la jarra y subió cojeando a la cocina.

—¿Está ya la bandeja? —preguntó a Francisca.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó ésta a su vez—. ¡Tantas prisas y luego nos haces esperar! ¿Qué pasa, hombre? Parece que te hayan coceado.